

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

HIPERACTIVIDAD COGNITIVA

Siempre he querido inventar una palabra o poner de moda una palabra olvidada. Mis intentos han fracasado estrepitosamente. Inventar una palabra es fácil, pero que se popularice depende de mecanismos misteriosos. Inventé dos que me parecían útiles, pero que no tuvieron éxito. Una es *estoicón* y otra *latear*. *Estoicón* es el miembro de una pareja, relativamente estable, que se define a sí mismo como “estoy con” fulanito o menganita. Es más que un lígüe y menos que un compromiso formal. Oigo

con tanta frecuencia: “X está con Y”, que me parece imposible que no se diga: X es el *estoicón* de Y. *Latear* deriva del acróstico de la expresión inglesa *living apart together*, y designa aquella relación de pareja estable, cuyos miembros viven voluntariamente en casas separadas. Me siguen pareciendo términos útiles, pero lo digo ya con cierta nostalgia. Hoy y la próxima semana les presentaré dos nuevos intentos: hiperactividad cognitiva y angustia cognitiva.

Todo el mundo sabe lo que es hiperactividad. Como ha dicho Goldberg, un gran neurólogo, es la enfermedad de moda. Si no tienen cerca algún niño al que hayan diagnosticado déficit de atención e hiperactividad, una de dos, o usted vive muy aislado o yo me equivoco y, entonces, debe dejar de leerme. Hiperactividad es un trastorno del control de la actividad. Niños o adultos tienen dificultades

para resistir el atractivo de los estímulos externos, pasan de uno a otro, sin poderse concentrar. Pues bien, la expresión que quiero presuntuosamente poner de moda –la hiperactividad cognitiva– no tiene que ver con el movimiento, aunque tiene que ver con la atención. Es la necesidad insaciable de tener nueva información, el aburrimiento por cualquier información que dure más allá de un par de minutos, el zapping como estilo de vida, y, como manifestación más nueva y poderosa, la adicción a los mensajes cortos y continuos recibidos por cualquier vía de comunicación electrónica. En personas de cualquier edad aparece la comezón por ver si se ha recibido un sms, un twitter, un post en el blog, o un email. Y la irritación si no los hay.

HABLAMOS DEL ZAPPING COMO ESTILO DE VIDA, LA ADICCIÓN A MENSAJES CORTOS Y LA IRRITACIÓN SI NO LOS HAY

Como ha estudiado Nicholas Carr, esta continua necesidad de hiperestimulación cognitiva dificulta tareas que exigen mantener la atención mucho tiempo, como la lectura de un libro. Y es deletérea para el aprendizaje. Resulta sorprendente que los filósofos medievales –finísimos analistas de la mente humana– hubieran detectado ya la hiperactividad cog-

nitiva. Tomás de Aquino, uno de los talentos más portentosos de la historia de la filosofía, la describe con precisión. El ser humano desea conocer, pero este deseo tiene dos formas de manifestarse: la *studiositas*, que es el afán de saber, y que exige atenerse pacientemente a la complejidad de lo que se quiere conocer, y la *curiositas*, que es una especie de concupiscencia de ver y de escuchar, la divagación perpetua de la mente de una cosa a otra, una irrequietud del espíritu. La consideraba –¡qué perspicacia más genial!– hija de la pereza. Esto me sitúa ante la gran tentación: la espeleología lingüística, que estudia los pasadizos secretos que unen cuevas semánticas. Vagar significa errar de un lugar a otro, no demorarse en ningún sitio. Pero vago significa perezoso. Reactivemos enlaces. Perezoso es el que no quiere trabajar. Trabajo es la energía aplicada a un objetivo. El objetivo impone disciplina al esfuerzo empleado, que sin él se convierte en mero gasto de energía. La hiperactividad cognitiva es un gasto de energía sin objetivo. ■



Raúl